

Este País : yo

Germán Dehesa

"Tuve una vez una patria", dijo Heine con su triste voz de ruiseñor. Yo todavía tengo una patria y en ella tuve alguna vez una librería. Tan contento me puse de ser microempresario que de inmediato solicité una tarjeta American Express. Pasa una semana y suena el teléfono: una voz femenina programadamente amable me dice que habla para recabar información confidencial acerca del señor Germán Dehesa. No se imaginan lo bien que hablé de mí: solvente, cumplido, buen padre, buen sobrino, pulcro, refinado sin aspavientos y culto pero inteligente. Al término de la plática, la voz femenina me preguntó: ¿Con quién tengo el gusto? La pregunta me pareció capciosa e íntima. Pasaron unos cuantos segundos. Pensé en colgar, pensé en decir: Avelina Landín, y finalmente, no pensé nada. Contesté: Efraín Gutiérrez, subdirector de compras. Respuestas así impactan mucho a las mujeres: a los cinco días tenía yo mi tarjeta. Junto con la tarjeta obtuve una perdurable inseguridad de quién era yo realmente. Es obvio que no era (ni soy) ese ser maravilloso que, con fines estrictamente comerciales, describí. Todavía es más obvio que no soy Efraín Gutiérrez, subdirector de compras. La hipótesis Avelina Landín también queda absolutamente descartada. La duda subsiste y es grave. Que uno no sepa quién es implica la ignorancia de hasta dónde llega uno y dónde comienzan los demás. Es una cuestión de espacio y de límites. Digo.

Por otro lado, está un país que se llama Estados Unidos que tiene el feo vicio de la intromisión. A veces la practica por razones de seguridad interna, o por amor a la democracia o en defensa de algo que han llamado "el mundo libre"; el caso es que son caudalosamente metiches y braveros. México es el vecino nada distante de este país y es, por lo mismo, territorio preferente para estas intromisiones que, a últimas fechas se consuman con amparo legal y so prete-

to de la lucha contra el narcotráfico. Frente a ellas, nuestro país reacciona con timidez, con tardanza y con un interminable trasiego de fintas y negociaciones que se realizan por debajo de la mesa y de espaldas a la sociedad. ¿Por qué? De nuevo estamos ante una cuestión de límites.

Por otro lado (como verán este asunto tiene muchos lados) está mi hija adolescente. Ella tiene 14 años y no es porque sea mi hija, pero es muy brava, muy chistosa y muy inteligente (de hecho, todo eso lo es a pesar de ser mi hija). El otro día con la vehemencia propia de su edad me comentaba el caso -para ella repugnante e intolerable- de una amiga suya cuya madre escucha descaradamente todas las conversaciones telefónicas de su nubil producto. Para mi hija este asunto le parecía una perfecta muestra de intromisión y falta de respeto. Yo la escuchaba y, al tiempo de hacerlo, sentí una especie de memorioso cataclismo. Recordé a mi tía Marta (la piadosa) revisando exhaustiva y furtivamente los bolsillos, el portafolios y la cartera de su marido en busca de la prueba del delito; recordé a mis maestros de primaria y secundaria abriendo intempestivamente mi pupitre o mi mochila en pos de materiales subversivos; recordé a tantos compatriotas que deciden diariamente entrometerse, violar las fronteras del otro, invadir su tiempo y su espacio, amparados siempre en justificaciones, según ellos, perfectamente válidas: el amor, la protección, la honra, la amistad, la patria, la ecología y el bien público y privado. La intromisión, así lo voy entendiendo, es práctica arraigada y común de este país. Desde esos amigos que -sin previo aviso- invaden nuestra casa con todo y lactantes el domingo a las diez de la mañana, con la justificación de que amanecieron con ganas de vernos, hasta el que abre una puerta sin tomarse la molestia de tocar, todos ellos son, lo sepan o no, gozosos adherentes de la

práctica de la intromisión. De todo esto se puede concluir una fulgurante hipótesis de trabajo: no reaccionamos con la debida rapidez, dignidad y firmeza ante la invasión de nuestras fronteras nacionales porque, de entrada, no tenemos ni siquiera la costumbre de respetar nuestras fronteras personales. Y aquí de nuevo la punzante cuestión de los límites, los deslindes, las fronteras y las bardas; conceptos cuya precisión es urgente para la salud de nuestro territorio, de nuestro campo y de nuestras personas.

Como una modesta contribución a esta tarea, ofrezco aquí el resultado de un cuidadoso estudio interdisciplinario acerca de los límites, condiciones geográficas e históricas, antecedentes y tendencias de este vago territorio que soy yo.

Acorde con el espíritu de esta revista trataré de ser riguroso en mis evaluaciones y apoyarlas siempre que esto sea posible en estadísticas, muestreos y reservas probadas. Ahí les voy: tengo 48 años y aunque nací en Tacubaya tengo sangres comprobadamente veracruzanas (40 por ciento), michoacanas (40 por ciento), cantábricas (10 por ciento) e italianas (10 por ciento). Colindo al norte con el ozono y con unos cuantos versos de Borges, de Homero, de Neruda y de José Alfredo Jiménez que, sin previo aviso, me papalotean por la cabeza. A mi izquierda está mi cardiólogo y un indefinido número de amigos y amigas, que, alternativamente me quieren, me odian, me recuerdan, me olvidan y opinan que soy lo máximo (27 por ciento), soy lo mínimo (35 por ciento) y prefirieron no responder (38 por ciento). A mano derecha tengo tres hijos que opinan a) que para ser padre no estoy tan mal (35 por ciento); b) que le gana la risa (33 por ciento), y c) que prefiere esperarse al psicoanálisis (33 por ciento). Al sur hago frontera con México que incluye taquerías, pirámides, funcionarios omnipresentes, familiares

autoadheribles, 30 siglos de esplendor y la insostenible convicción de que somos un pueblo sabio cual ninguno, con riquezas inagotables, prodigiosos ríos, mujeres que saben amar y sufrir, cumbres nevadas y niños artilleros. Por si esto fuera poco, tenemos también los Atlantes de Tula, Fidel Velázquez, María Félix y Ernesto Corripio como pruebas fehacientes de que el Altísimo no ha hecho igual con ninguna otra nación.

Encuestados que fueron mi consciente (10 por ciento), mi inconsciente (60 por ciento), mi super-yo (10 por ciento) y mi otro yo (20 por ciento) se manifestaron de la siguiente manera con respecto a las cuestiones que ahora se enumeran:

DEUDA EXTERNA

1% Hay que pagarla

98% Hay que repercutírsela a Guatemala

1% No tengo cambio

PRI

10% Es un mal necesario

2% Es un bien necesario

88% No es necesario

LA OPOSICION

5% Existe pero no se ve

5% Se ve pero no existe

90% Sería bueno que se viera y que existiera

TLC

20% Hay que firmarlo

20% No hay que firmarlo

60% Hay que firmarlo pero con lápiz

LA GESTION DE SALINAS

40% La aprueba

50% Le preocupa

10% Bien está lo que bien acaba
(lo bien torcao es lo bien arrematao)

LA CULTURA NACIONAL

40% Son muchas vueltas

40% Hay muchos nexos

20% Solita le va mejor

LA SOCIEDAD CIVIL

30% Está despertando

50% Ya despertó

20% Ya la compró Slim

LA POLICIA

100% Prefirieron no responder



Vagamente liberal (de los de antes), cansinamente optimista, autor, actor, profesor, lector, conferenciante y comprobadamente articulista, he tratado aquí de establecer las más visibles fronteras de mi territorio. Conocedor de mis zonas áridas y de mis reservas de flora y fauna no estoy dispuesto, de ahora en adelante, a que nadie invada mi territorio sin previo acuerdo y consentimiento. De igual manera, establezco en mi constitución física y moral el respeto al territorio ajeno como requisito indispensable para la convivencia, para el amor y para que algún día podamos vivir en paz con nosotros y con los otros. No es narcisismo es, apenas, reconocimiento y reconciliación.

vitrina metodológica

fecha del levantamiento
julio de 1992
método de muestreo
examen de conciencia tipo marista y análisis lacaniano
tamaño de la muestra
40 Short
margen de error
+ 0 -
tipo de entrevista
personal en escritorio
responsable de la investigación
el destino aleva
responsable del levantamiento
Victoriano Huerta
diseño de gráficas
Q.R.R.
patrocinador
Este país